

CONGRESO NACIONAL DE EDUCACIÓN. DISCURSO FINAL.

Prof. Dr. Maximino Fernández Fraile, Decano Facultad de Filosofía y Educación

Al llegar al término de este importante encuentro en que hemos analizado diferentes aspectos de la situación de la educación en nuestro país, revisado muchos de sus problemas y propuesto formas de solución y caminos alternativos e innovadores mediante opiniones fundadas, producto de estudios, investigaciones y experiencias en aula, permítanme expresar brevemente algunas consideraciones nacidas al calor de los aportes que hemos recibido en torno a la situación más relevante y significativa de la vida nacional: la educación.

Destaca, en primer lugar, la plena conciencia que todos tenemos de que la educación es la base fundamental del crecimiento personal y social y que de ella depende la consecución de las grandes metas espirituales y materiales de una nación. Sin educación, el país no tiene futuro.

En efecto, hoy, más que nunca, la educación tiene un rol fundamental que cumplir en la sociedad y el tiempo en que vivimos, pues es una época apasionante, aunque contradictoria. La ciencia y la tecnología nos asombran con su desarrollo vertiginoso, al punto de hacernos olvidar a veces la deshumanización también acelerada en que hemos ido cayendo. Lamentablemente, en la aldea global en que vivimos, en la que pareciera no haber imposibles, se ha endiosado lo material, minimizándose cada día más al hombre, en una muy triste inversión de valores. El relativismo, la superficialidad, el consumismo, la incomunicación y otras vivencias negativas, parecieran ser el signo generalizado de nuestro tiempo. En la crisis actual de Occidente, profunda y radical, los valores más importantes del ser humano, aquellos que determinan su esencial modo de construir la vida, no sólo han sido puestos en duda, sino que se han ido deteriorando e incluso desechando en medida cada vez mayor. Ello ha llevado a la paradoja de una sociedad que, a pesar de los logros espectaculares en lo material, se sume cada día más en la esclavitud del subdesarrollo moral. El hombre de hoy, sin raíces metafísicas, como ha hecho notar Ortega y Gasset, parece carecer de toda noción suprema de proyecto o programa, es incapaz de comprender los principios inherentes a su propia civilización y desconoce o ha roto con el pasado que lo cimienta.

Frente a esta crisis de proporciones, la educación es el único camino de salvación: una educación trascendente, preocupada de formar ---y no sólo de instruir para convertir a los futuros ciudadanos en piezas al servicio del engranaje del desarrollo económico, como muchos pretenden---; una educación enraizada en el amor al hombre y en los valores; una educación rescatadora de la belleza, que eleva y dignifica; una educación enseñadora de la fidelidad a los orígenes, única forma de ser original; una educación, en fin, profundamente humanista, a la manera de la vieja y sabia paideia griega, concebida como proceso de realización de la perfectibilidad de la persona.

De ahí la trascendente tarea de las universidades que formamos profesores y de la labor inapreciable que éstos realizan en los diversos establecimientos educacionales del país. Porque la profesión de profesor no es una profesión más, sino la más honda y significativa que puede asumir una persona: ser hortelano de un predio espiritual, colaborador importante en la formación de seres humanos, terrenos fértiles, surcos abiertos que esperan la semilla de perfección que alguien debe alojar en ellos.

Profesor ---lo dice la etimología de la palabra--- es aquél que tiene fe, aquél que confía en el hombre, aquél que, con el corazón más que con la razón, sabe que puede y debe ayudar a otros a que sean, a que crezcan, a que desarrollen sus potencialidades, a que se conviertan en seres plenos y dignos que enaltezcan la condición humana.

Pero bien sabemos que no se puede dar a los demás lo que no se tiene. Por tanto, para concretar la alteridad, la entrega de sí mismo, el profesor debe, en primer término, como dijera Gabriela Mistral, nuestra maestra y poetisa mayor, “tener claros sus óleos para dar clara luz”. Y esos claros óleos implican mucho más que conocimientos, los que, por cierto, deben ser amplios y profundos; esos claros óleos exigen altura espiritual, pureza de alma, deseo de vuelo vertiginoso y ensoñación permanente con un mundo mejor.

Alta, significativa y difícil tarea, por tanto, para la cual el profesor debe contar fundamentalmente con los valores eternos: el bien, la belleza, la verdad. Además, con las enseñanzas que nos han legado grandes figuras de la humanidad. Debe tener plena conciencia de la validez de la concepción socrática de que toda buena política comienza siempre por la educación de la niñez y la juventud, para hacerlas tan virtuosas cuanto puedan serlo. Inculcará a sus alumnos el “sensus communis naturae” de Aristóteles, sentido común entendido como natural inclinación a la razón, complementándolo con el afinamiento de la intuición y la sensibilidad, sin las cuales no podría darse la creatividad. Con San Agustín, afirmará en el alma de sus discípulos el amor a la unidad, a la libertad y, por sobre todo, a la caridad. Con Santo Tomás, orientará sus mentes al rigor del pensamiento, a la claridad de las ideas y al esplendor de la forma. Subrayará en ellos, siguiendo a Scheler, la necesidad de la moral, en cuanto realización de valores positivos. Y recordando a Eliot, hará patente en los educandos que la verdadera civilización no consiste en la

tecnología, la televisión, las armas sofisticadas o los vuelos espaciales, sino en la disminución de las trazas del pecado original.

En síntesis, el profesor realizará silenciosamente una labor humanizadora, devolviendo a cada uno de sus alumnos, en primer lugar, su exacta dimensión de persona, para que sean “individuos sanos y vigorosos, ciudadanos en los cuales la cultura se haga militante, se haga servicio”; para que puedan “equilibrar libertad y disciplina, humildad y constancia, perdón y justicia, generosidad y orden, comprensión y respeto”; para que, en fin, puedan construir un mundo más justo y más perfecto.

Esta es nuestra trascendente, hermosa y fundamental tarea como formadores. Este es nuestro compromiso y nuestra responsabilidad. Y de ello depende el mundo de mañana.

Pero cumplirlo ciertamente no es fácil, puesto que la educación nacional enfrenta hoy muchos problemas que debemos superar.

A nivel de educación básica y media, sabemos que hay falencias importantes: formación docente a veces deficiente, necesidad de mayor y mejor perfeccionamiento, planes y programas que deberían revisarse, bibliotecas no siempre adecuadas, dificultades de financiamiento, problemas de infraestructura y, entre otros, tal vez el mayor, remuneraciones que no corresponden a la importancia tremendamente relevante e imprescindible de la labor de los profesores.

A nivel universitario, los problemas tampoco son menores: se debe optimizar grandemente el proceso de selección de alumnos, la calidad de la investigación y de la docencia debe elevarse a nivel internacional, posibilitar la movilidad entre los programas ofrecidos por diferentes universidades, los que, a su vez, deben considerar la realidad y las necesidades del país; el Estado debe dar financiamiento adecuado a sus universidades y a los estudiantes de escasos recursos que postulan a ellas, etc.

Debemos, ciertamente, enfrentar todo aquello y mejorar la calidad de la educación nacional, en el más amplio sentido, y para todos los educandos, buscando los caminos realmente adecuados para lograrlo.

Por ejemplo, es cierto que el país necesita en forma urgente remontar los bajos logros con los que aparece en las mediciones educativas o en los rankings universitarios internacionales, peores incluso a los que alcanzan naciones del mismo o menor grado de desarrollo. Pero la calidad no necesariamente se alcanza, como suele creerse en nuestro medio, con leyes, reformas o más instituciones burocráticas. Baste señalar un caso que lo comprueba: la Ley de Enseñanza Primaria Obligatoria se dictó en 1920. Era obvio pensar que, con su cumplimiento, en pocos años se terminaría con el analfabetismo. Sin embargo hoy, después de 88 años, Chile tiene un 4,3% de su población analfabeta, es decir, algo más de 600.000 personas que nunca fueron a la escuela, la dejaron antes de tiempo o aprendieron a leer y escribir,

pero lo olvidaron por desuso. A pesar de ello, hace pocos años, otra disposición legal hizo obligatoria la Educación Media completa. Si todavía no se ha conseguido lo propuesto por la ley de 1920, ¿deberán pasar otros 88 años para que la nueva se cumpla, y no totalmente?

Creo que el problema es otro. La calidad y el cumplimiento de la educación integral se juegan al interior de las salas de clases, tanto en el sistema primario como en el secundario y terciario, con cada uno de nosotros, los profesores. Y para que mejoren, se necesita mayor exigencia y profundidad en la formación, el perfeccionamiento permanente y la actividad diaria en las aulas. También, por cierto, es necesario mejorar considerablemente las condiciones laborales y materiales de los profesores, lamentablemente en general tan deterioradas.

Es cierto que hay también otros factores, paralelos a la labor de los profesores, que suelen no mencionarse y que, sin embargo, influyen fuerte y negativamente en la formación, o deformación, de los niños y jóvenes, y que, por supuesto, habría que corregir. En efecto, me atrevería a decir que es nuestra sociedad la que está atentando, día a día y en gran medida, contra lo que los profesores tratan de hacer en la escuela, el liceo o la universidad. La enorme desigualdad socioeconómica existente, la pérdida de autoridad de los padres, la actual vulgarización del país, perceptible a todo nivel; la influencia antivalórica y superficial, salvo mínimas excepciones, de la televisión, entre otros factores, borran minuto a minuto la formación e instrucción positiva que los profesores intentan. Pero ello no nos exime de responsabilidad. Por el contrario, nos obliga a redoblar los esfuerzos para superar dichos aspectos tan negativos y demostrar que estamos preparados y somos capaces de cumplir satisfactoriamente la enaltecida misión que la sociedad nos ha encomendado.

Y ahí nacen la escuela, el liceo y la universidad que queremos.

Al menos yo, en lo personal, y creo representar a muchos colegas, quiero establecimientos educacionales de calidad, plurales, inclusivos, que den acceso e igualdad de oportunidades a todos los niños y jóvenes chilenos, que abran vías de democratización y movilidad social; quiero establecimientos educacionales en donde se formen personas dignas, respetuosas, idealistas y deseosas de servir a los demás; personas en las cuales la cultura se encarna, la belleza se haga necesaria, la verdad prevalezca y el bien determine todos los actos de la vida.

Del mismo modo, quiero universidades que formen profesores, en todas las disciplinas, al más alto nivel; profesores que sean capaces de responder a cualquier requerimiento educativo, más allá de una u otra reforma. Quiero universidades no sólo profesionalizantes, sino empeñadas en formar profesores cultos, formadores con conciencia social, imbuidos de la altura y responsabilidad a la que están llamados. Quiero universidades proactivas, que marquen rumbos a la educación nacional, y no

sólo reactivas a los dictados del Ministerio de Educación. Quiero universidades no complacientes, sino deseosas permanentemente de más y mejor.

Y todo ello siempre con la presencia benefactora del profesor, el de Educación Básica, el de Educación Media y el de Educación Universitaria, ojalá maestro, orientador del camino de perfección que hará realidad un Chile mejor.

Quisiera concluir estas palabras recordando un manuscrito de Gabriela Mistral que se conserva en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, en el que se nos señala el sentido más trascendente de nuestra misión de educadores: “Hay algo más importante que todas las quintaesencias de la pedagogía teórica y es esto: la enseñanza ha de estar llena de espíritu: el maestro, para darla, debe ser un hombre con vida interior, un idealista, no por accidente. Aquí, como en religión, todo queda inerte, todo es vacío, si falta la gracia, el toque de fuego de la palabra llena de fe y fervor, del maestro. Dije la palabra: fervor. El maestro tibio, el maestro de la lección sin entusiasmo, es el peor de los maestros. Hay dos seres que tienen el deber de la emotividad en lo que entregan: el artista y el maestro. Con un alma seca no se hace una sonata ni se amasa a juventudes. Quien haya nacido así, que are la tierra, o que lleve contabilidades, que no enseñe. Esta es profesión de amor y de fe”.

-----o-----

Después de las horas de reflexión y entrega que hemos vivido en este Congreso, quisiera que, como dijo un destacado Premio Nacional de Educación, llevemos con nosotros la conciencia de un cuádruple e insoluble compromiso: no sólo con la ciencia, sino también con la humanidad; no sólo con la especialidad de cada uno, sino también con la vida; no sólo con el conocimiento, sino también con los valores; no sólo con nosotros mismos, sino también con la sociedad que queremos cambiar”. Si lo logramos, el éxito futuro de la educación nacional estará asegurado.

A nombre de nuestra Universidad, de su Facultad de Filosofía y Educación y del Comité Organizador de este Congreso, agradeciendo la participación de todos ustedes, me despido hasta una nueva versión el próximo año.

Muchas gracias.